

Homilía del Domingo de la Divina Misericordia

19 de abril de 2020

Padre Valentin Iurochkin

En el Evangelio de hoy contemplamos la aparición de nuestro Señor a sus discípulos. Estamos invitados a contemplar la incredulidad de Santo Tomás y, sin embargo, podríamos preguntarnos: *¿podríamos creer en la noticia de que el Señor ha resucitado de entre los muertos?*

Las dudas de Santo Tomás eran razonables: ¿quién podría creer que una persona puede resucitar de entre los muertos? De hecho, antes de la pasión de Jesús, fue Tomás el que dijo: *"Vayamos también nosotros, para morir con él"*. Este Apóstol estaba decidido a ir y morir con nuestro Señor. Santo Tomás sabía que era imposible que alguien que sufriera por las manos de los judíos siguiera vivo. Y todavía, la mayor profecía de nuestro Señor se cumplió. *¿Cuál fue la mayor profecía de nuestro Señor Jesucristo?* Él dio muchas profecías sobre la destrucción del Templo, sobre el fin del mundo, etc. Y sin embargo, todo esto no fue la mayor profecía de nuestro Señor. La mayor profecía de nuestro Señor Jesucristo fue sobre sí mismo y su resurrección de entre los muertos. Esta profecía fue el cumplimiento de las Escrituras en la vida de Jesús. Jesús predijo: *"Vamos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los doctores de la ley. Lo condenarán a la muerte y lo entregarán a los gentiles para que sea burlado, azotado y crucificado. ¡Al tercer día será resucitado!"* Y así como las Escrituras se cumplieron en la vida de Jesús, de la misma manera las Escrituras se cumplirán en la historia de este mundo y en la vida de cada uno de nosotros. Todo el sufrimiento que tenemos que atravesar, y que estamos viviendo en este momento es el cumplimiento de las Escrituras. Como es difícil ver y entender este cumplimiento de

las Escrituras para cada uno de nosotros en los actuales sufrimientos de este mundo, de la misma manera fue difícil entender para Santo Tomás que las Escrituras se cumplieron en la vida de Jesús y que él estaba vivo. Era imposible para Santo Tomás entender que el sufrimiento y la muerte de nuestro Señor terminarían en su gloriosa resurrección. Y qué gran consuelo para nosotros saber que detrás de todo lo que está pasando en el mundo: bien o mal; detrás de todo lo que está pasando está Dios y su voluntad es siempre un bien para nosotros.

Jesús eligió el momento de su visita cuando Santo Tomás estaba ausente. Leyendo los Evangelios durante esta semana nos enteramos de que nuestro Señor que se encontró con María Magdalena a la entrada del sepulcro le dijo que no lo tocara porque El todavía no había ascendido al Padre y todavía aquí en el Evangelio Jesús dice: "*Pon tu dedo aquí; mira mis manos*". Extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de dudar y cree". ¿Cómo podemos entender este texto? Creo que es una respuesta de Dios a la incredulidad del hombre. Jesús no permaneció más tiempo con sus discípulos porque a partir de ese momento les enseñó que debían tener un diferente tipo de conocimiento. Un tipo de conocimiento que será mucho más meritorio que la simple visión. Este tipo de conocimiento es nuestra fe. Esto es lo que nuestro Señor nos dice: "*Bienaventurados los que no han visto y todavía creen*". Y además, en este Evangelio nuestro Señor viene de nuevo en ayuda de la incredulidad humana. Él es condescendiente y tolerante con nuestra debilidad humana, siempre dispuest a dár nos la fuerza para amarlo y creer en él de nuevo.

Que este domingo de la Divina Misericordia fortalezca nuestra fe en la misericordia y el perdón de Dios. Que su amor nos asegure que a pesar de todas las dificultades que enfrentamos en nuestros días, a pesar de todas nuestras dudas y debilidades del hombre, nuestro Señor

sigue en medio de nosotros listo para aumentar nuestra fe. Tenemos simplemente que pedirlo.